



Pregón Corpus 2003

Ana Elena Estrada Cuyar

Autoridades, Reina de las fiestas, amigos, vecinos y visitantes:

Bienvenidos a este acto con el que se inician, un año más, las fiestas del Corpus de Villamayor.

Cumplido el trámite protocolario del saludo, voy a pedir la venia, como lo hicieron Berceo, y en virtud a la confianza que nos une, pa continuar dirigiéndome a vosotros en “román paladino”, y que en esti casu ye la mi lengua materna: ni la de Lázaro Carreter, ni la de Sánchez Vicente, sino la de Elena la de Fernandín “el de la luz, mi güela.

Cuando COFIVI me ofreció la posibilidad de hacer el pregón de este año, lo primeru que pensé, fue “¡madre del alma, que vieya soy ya!; porque otru méritu, la verdá sea dicha, no se me venía a la cabeza. Pero después de repasar la lista de los que me precedieron, caí en la cuenta de que los había bastante mozos, y entonces dí en buscar otras razones pa estar hoy aquí. Después de muchu cavilar, estoy segura de que en mí quiso reflejar la Comisión de Festejos el cariñu a la familia Estrada, que en lo que alcanza la mi memoria, lleva seis generaciones unida a la historia de Villamayor, iluminando literalmente, la vida de todos nosotros. Gracias.

Dicen que uno no ye de donde nace, sino de donde pace; yo no estoy muy de acuerdu con esta afirmación. Por distintas circunstancias, tocóme pacer en muchos praos, y de estos estoy satisfecha y agradecida. Pero yo creo que uno ye de donde aprende a SER, a ser consciente de que existes, de que tienes unos antecedentes, de que formes parte de una memoria colectiva que tienes el deber de transmitir a tu vez a los que te siguen.

Y esa memoria, pa mí, está llena de recuerdos que no son míos, pero que asumo como si fueran testigu directu de los hechos. Puedo ver el “fotingo” del médicu, a mi

güelu Fernando a quien no llegué a conocer pedaleando en la bicicleta con los trepadores al llombu, a les “piscardes” posando pa una semeya de Montoto, a mi madre escribiendo versos pa la moza de algún amigu, a mi güela cañicando a mi tío César, que era muy berrón, al paecer...

Curiosamente, tengo muchu más claros estos recuerdos que los míos propios, supongo que porque los oí una y otra vez en el portal del Caneyu: “Fiyina, ¿contéte alguna vez cuando...

“Padezco” de muy mala memoria, y no podría –que más quisiera yo basar esti pregón en hechos de mi infancia o juventud que hiciesen de puente hacia esa época pa los mozos y neños que no la conocieron, pero ya que estamos en esti edificio, y que aquí me tocó aprender primero, y enseñar después, quisiera celebrar mis 25 años de profesión dirigiéndome a ellos, especialmente a la generación que conmigo empezó a asomar al mundo, espero que con aprovechamientu.

Y como lo que mejor se enseña ye lo que se transmite con sentimiento, y el sentimiento, antes de instalarse en el corazón pasa por los sentíos, voy ponevos unos ejemplos de les sensaciones que me producía Villamayor cuando yo tenía los vuestros años.

Vamos a empezar por el olfatu, un sentíu que nos lleva a pagar una fortuna por unes gotes que güelen a París de la Francia, y que, sin embargo, nos pueden trasladar gratis al país de Nunca Jamás. Veréis: si cierro los güeyos un pocu, el primer olor que recuerdo ye el de la fábrica de Chupa-Chups. Vivir en Pasáu el Ríu era como ser Gretel en la Casita de Chocolate. Unos días era fresa, otros limón, otros café con leche...

Cronológicamente, el siguiente recuerdu ye el del olor a tiza, a polvu, a fumu de la estufa en el aula de enfrente. No puedo decir que aquí aprendiera les primeres letres, porque eses enseñómeles mi madre, pero sí tou lo demás que venía en el “Parvulitos”. De aquella estábamos con Finita hasta los siete años, en un aula mixta, y a partir de esa edá les neñes pasaben con Doña Enriqueta y los neños con Don Benedicto. Pero de la maestra que mejor recuerdo guardo, igual porque fue la primera llamábase Eufrasia. Seguramente Ana Isabel, José Ángel o Inma se acuerden de ella.

Ya camín de la adolescencia, el olor a Corpus: el orpín de San Juan empapando el polvu del Paseo, el del pan recién hechu a la vuelta de san Pedro de Sevares, el olor de la iglesia en el mes de mayo, cuando después de “les Flores” nos sentábamos a aprovechar aquellos atardeceres eternos, en la muria frente al “Monumento”...

Y el olfatu lleva, casi sin querer, al gustu: la chocolatata con la que celebrábamos la Primera Comunión (¡cómo quedaríen los trajes!), el roscu de Pascua, con aquellos “merendones” multitudinaries en Meroya, les aceitunes de los domingos en el Casino, en el Café, el vino de mores, les ablanes verdes en el Estancón, el sorbín de anís del mono de les esfoyaces en la galería de mi tío Pepe, les cereces de María la de Ferino, les manzanes de pumarón machacaes contra el árbol....

Asociamos el tacto con el hechu de palpar únicamente, olvidando lo muchu que gracias a él sentimos: la suavidá de los papeles de chupa-chups mil veces alisaos que guardábamos como un tesoro entre les hojas del misal (¡ay, si hubiéramos siquiera imagináu les virguerías que se pueden encontrar hoy día en una bolsa de patates frites!), el dolor de los esmorgones en les rodilles al caer en la escoria con la que rellenaben la carreterina del Pasáu el Ríu, el golpe secu de la birla antes de salir proyectada hasta cerca'l cabildu, les cosquilles de los pescardos al sacarlos de la panchera, el color del sol en el Vezal, el fríu del agua de la presa' l molín cuando ayudaba a mi tía María Consuelo a lavar la ropa, la sutileza con que manejábamos la yerbina que nos ayudaba a sacar grillos en El Potrero, los coscorriones en la cabeza con los que Don Ángel nos adivinaba lo que habíamos comíu (cuando más tarde oí hablar de la infalibilidad del Papa, supe claramente lo que aquello quería decir), la aspereza de la cuerda al levantar el Ramu de San Juan, la aparente fragilidad de les manos de Madre, la mi bisagüela, que parecien de papel de fumar cuando te acariciaba, y de fierru cuando te sopelexaba tras alguna travesura, mientras decía: "Onde hay rapazos tá de más el demórganu!"...

Voy a pasar la vista un pocu por altu, per ser esti el sentíu más trabayau y el que menos explicaciones necesita, y porque Villamayor sigue teniendo muchu que ver a pesar de los muchos cambios, a favor en algunos casos, en contra en algunos otros. Pero no quisiera pasar por altu algunes de les imágenes que me gustaría compartir, como la vista general desde la carretera de Torín después de una nevada, el ríu pequeñu en el Campu L'Espín, les glicinies en flor de casa Fabián, de la de Feli o la de Matildina, el lago de Doña Mercedes, los horrios, los corredores, los preciosos chalés de los indianos, y, por supuestu, el Ábside, con su legendaria aura medieval.

Y deixo pal final el oídu, porque si algún sentíu me une en especial con Villamayor, ye este. Tengo algunos sonidos en el álbum, como el de les máquines de la "Fábrica de la Luz", les campanaes del reló de la iglesias, la potente voz de Enriqueta la maestra, audible desde la vía del tren, los canturreos de José el Xaxe por el Caneyu, les carraques de Semana Santa, pero por encima de todos, está la música. Cuando yo era neña, cantar era algo ineludible; no se entendía la diversión sin música, y a la vez, ni el trabayu. Probablemente la precursora del hilo musical fuera la mi prima Marta. Con un tocadiscos portátil veníu de Bélgica deleitaba a les clientes del SPAR con lo últimu de los Bravos, los Pequenikes, los H.H... incluida la coletilla del "Está como nunca, el coñac que mejor sabe..." alguna igual recuerda el "Tren Transoceánico a Bucaramanga", "La Santa Espina" o "El ritmo de la lluvia"...

Modernidaes yeyés aparte, les romerías, los guateques, o simplemente una reunión alrededor de una caja de sidra, inevitablemente acababen con un coriquín que repasaba un repertorio interminable de canciones populares, habaneres y hasta alguna que otra zarzuela. Estos coros, en lo que les cuatro voces de rigor eren cosa habitual, no se tenien por "cosa de vieyos", ni mucho menos, sino de quien se quisiera arrimar. Yo tuve la oportunidá de aprender a cantar en la mejor escuela que se puede pedir: la cuadra de mi güela, donde al final del veranu se empezaba a lavar y ensamblar el llagar.

Allí, medidos los "tempos" con los mayos que golpeaben el duernu rítmicamente fui conociendo lo mejor de la música asturiana. De correr por el Caneyu con el mi

hermanu y toa la reciella de primos, con Kiko y José Luis, con Jose y Mercedines, con Guzmán el de Josefa, Toño el Cañal y Gabrielín el Nelu, pasé a la adolescencia a través de esa ceremonia iniciática en la que me introdujeron María Consuelo, Marta, Nandi, Tino y Armandín, los del Café, Carmen Luisa, Juan Carlos y Maxi, Maribel la de Dios, el Neniti... Ellos hicieron calar en mí el gusto por la música coral que luego poníamos en práctica en ocasiones tan señaladas como la noche de San Juan. Después de enramar las fuentes, plantar el ramu y encender la foguera, empezaba el concierto con “El bonete del Cura” frente a las ventanetas de Don Ángel y aquello era el nunca acabar.

La última vez que disfruté de uno de esos coros irrepetible, (¡qué pena no haberlo grabado!) fue hace tres años por esta fecha después del concurso de tortillas. En aquel momento, sólo con los Estrada que allí estábamos cubríamos todos los registros.

Quisiera poder transmitir a todos estos rapazos de la “generación O.T.” la emoción que se puede llegar a sentir cuando sin ensayo previo, ni altavoces de última generación, únicamente poniéndose en círculo y mirando a los ojos de los demás consigues eso acorde que une edades, enfoques políticos y hasta aficiones deportivas rivales.

Por eso, y en homenaje a los que ya no están físicamente con nosotros, quisiera que durante estas fiestas del Corpus, se oyera desde allá arriba, y cada vez con más fuerza, aquello tan guapo de “treinta reales me da el Rey por la cinta del pelo...”

Villamayor, a 19 de Junio de 2003